

Después de haber levantado y bajado alternativamente sus anteojos, después de haber tomado con una energía creciente dos ó tres polvos, se decidió á interpelar á Salvador.

— ¿No me habéis dicho, querido Mr. Salvador, que teníais que hablarme de los Valgeneuse?

— Tenía que preguntaros, Mr. Jackal, lo que había podido hacer os cambiar tan repentinamente de opinión respecto de aquella.... ¿es preciso decir la palabra, Mr. Jackal?

— ¡Silencio! estamos solos; sois un hombre inteligente y no enamorado...

— ¿Quién os ha dicho eso?

— No enamorado, al menos de una joven robada, de modo que no tenéis la cabeza perdida, y podéis comprender...

— Así es, que he comprendido perfectamente.

— ¿Qué habéis comprendido?

— Que teníais miedo, querido Mr. Jackal.

— Os respondo de ello, dijo el polizonte, que tenía por lo menos el valor de su cobardía; es decir, que cuando aquella joven pronunció su nombre, circuló por mis venas un estremecimiento.

— Mr. Jackal creía que el primer artículo del código decía:

« Todos los franceses son iguales ante la ley. »

— Se ponen esos artículos en todos los Códigos, querido Mr. Salvador, como se pone á la cabeza de las ordenanzas reales: « Carlos, por la gracia de Dios. » Luis XVI usaba también esa fórmula, y le cortaron la cabeza.

¿Y dónde veis la gracia de Dios, continuó Mr. Jackal, en lo que pasaba en la plaza de la Revolución el 21 de Enero de 1793 á las cuatro de la tarde?

— De modo, que por haber acusado de antemano de un rapto, del que sabéis perfectamente que es cómplice, á una joven, que vos mismo creéis que es capaz de cometer un día cualquier gran crimen, os veis ya destituido, encarcelado, y ¿quién sabe? tal vez estrangulado en una prisión como Pichegrú ó Toussaint-Louverture.

No os burléis, Mr. Salvador; pero bajo mi palabra de honor, he pensado en todo lo que decís.

— ¿Son pues gentes muy poderosas esos Valgeneuse?

— ¡Ah! caballero, hay por lo pronto el marqués, que está al oído del rey; después el cardenal, que está el oído del Papa; después el teniente...

— Que está al oído del diablo, dijo Salvador; ¡ah! lo concibo; después de todo eso, ¿no está afiliado á nõ sé qué sociedad?...

Mr. Jackal miró á Salvador.

— ¡Eh! sí, continuó el joven, en fin, el marqués ¿no es uno de los protectores de Saint-Ancheul, y en la última procesión no ha llevado uno de los cordones del palio?

Mr. Jackal meneó la cabeza de arriba abajo.

— ¡Qué extraño es, dijo Salvador, yo que creía que los jesuitas eran una visión del *Constitucional*!

— ¡Ah! quiá, dijo Mr. Jackal con el tono de un hombre que dijera: pobre niño, qué ingenuo eres.

— ¿De modo, querido Mr. Jackal, que creéis que habría riesgo en rozarse con esas gentes?

— ¿Conocéis la fábula de la olla de barro y la de hierro?

— Sí.

— Pues bien, haced la aplicación de ella.

— Pero, preguntó Salvador, ¿el jefe de la familia,

muerto hace cinco ó seis años, no tenía hijos y toda la fortuna pasó á su hermano?

— Es decir, respondió Mr. Jackal, que nunca había sido casado.

— ¡ Ah! sí, eso es; ¿ no hay una historia de un hijo natural que debía ser reconocido ó adoptado, y que no lo ha sido?

— Mr. Jackal miró á Salvador de lado.

— ¿ Cómo sabéis eso? preguntó.

— ¡ Diablo! replicó Salvador, en nuestro oficio, por poco observador que uno sea, se saben muchas cosas. He llevado cartas de una bella dama á un tal Conrado de Valgeneuse, que vivía en la calle del Bac; á fe mía, en la misma casa que hoy habita el marqués.

— Eso es, eso es, dijo Mr. Jackal.

— Es una historia muy oscura, ¿ no es verdad?

— No para todos, dijo Mr. Jackal con aire profundamente satisfecho.

— Comprendo, dijo Salvador riendo; no lo es para aquellos que han encontrado la mujer y saben quién es ella.

— Pues bien, no, dijo el polizonte; ¡ cosa extraordinaria, no había mujer en todo este negocio!

— ¿ Qué había pues? ¿ Sabéis, querido Mr. Jackal, que cuando se ha conocido un joven bello y rico, y ese joven ha desaparecido de repente, no es difícil saber lo que ha sido de él?

— Es demasiado justo; tanto más, cuanto que puedo deciroslo todo, ó casi todo.

— Hé ahí un *casi* que se parece mucho á una restricción mental, querido Mr. Jackal; ¿ habríais vos acaso tenido también un cordón del pallo de esa famosa procesión de Saint-Ancheul?

— ¡ Oh! no, pardiez, exclamó Mr. Jackal, tengo miedo á los jesuitas, les protejo con condición de revancha, hasta les obedezco á veces, pero no les amo; os he dicho *casi*, porque en nuestro oficio no siempre se puede decir todo lo que se sabe.

— Y además, porque no siempre se sabe todo, replicó Salvador, riendo con aquella risa astuta que le era particular.

— Pues bien, escuchad, dijo Mr. Jackal, mirando á Salvador por encima de sus anteojos: voy á deciros lo que sé, después me diréis lo que no sé.

— Trato hecho,

— Corriente. El jefe de la familia, el marqués Carlos Manuel de Valgeneuse, par de Francia, y propietario de una fortuna inmensa que había heredado de un tío materno, nunca había querido casarse, y se le hacía honor de ese gusto de Mr. Manuel de Valgeneuse, por el celibato, á un bello joven que se llamaba Conrado á secas, y que poco á poco las gentes de la casa primero, después los amigos del marqués, y por último los extraños, concluyeron por llamarle Conrado de Valgeneuse.

— ¿ No era ese su nombre?

— No por cierto; el bello joven era un hijo del amor, un pecado de la juventud del marqués, quien no veía más que por los ojos de Conrado.

— Pero ¿ cómo amando al joven hasta ese punto, querido Mr. Jackal, preguntó Salvador, toda la fortuna del marqués ha pasado al hermano, al sobrino, á la sobrina, mientras que el bello joven ha muerto en la miseria, según se me ha dicho?

— Pues bien, eso prueba justamente que su padre le amaba demasiado. Sabéis que hay un proverbio que dice: El exceso en todo es un defecto.

— Sí, en efecto, me ha parecido que el pobre marqués, que murió de repente, ¿no es verdad? preguntó Salvador, amaba mucho á ese joven.

Mr. Jackal miró esta vez á Salvador por debajo de sus anteojos.

— Le amaba tanto, mi querido caballero, repuso, que como os decía, ese demasiado grande amor fué causa de la ruina del joven Conrado.

— Explicadme eso.

— Hay dos maneras de proceder respecto á un hijo natural: la primera, que es la más sencilla, y que está al alcance de todo el mundo, es declarar en la alcaldía que es uno el padre del niño en el momento que se registra, ó bien si alguna razón os ha hecho descuidar esa formalidad, reemplazarla con un acta de reconocimiento ante escribano; sólo que en este caso, al dejarle el apellido no se le puede dejar más que el quinto de los bienes.

La segunda, es aguardar á tener cincuenta años, y teniendo los, hacer que venga un notario y adoptar el niño, porque la ley no permite que la adopción pueda tener lugar antes de esa edad; entonces podéis dar á vuestro hijo adoptivo, no sólo vuestro apellido, sino también toda vuestra fortuna.

Este, pues, fué el camino que siguió Mr. de Valgeneuse.

El día mismo en que cumplió los cincuenta, hizo que fuese un notario, se encerró con él en su gabinete, y extendió el acta de adopción; pero en el momento en que tomaba la pluma para firmarla, quiso la fatalidad que el marqués Manuel fuese acometido de una apoplejía fulminante.

— ¿En el momento en que tomaba la pluma para firmar, ó en el que soltaba la pluma después de haber firmado? preguntó Salvador.

Esta vez quitóse Mr. Jackal los anteojos, y mirando á Salvador de frente, dijo:

— Á fe mía, Mr. Salvador, que si sabéis eso, sabéis más que yo y más que todo el mundo, porque la cuestión es esta:

¿Estaba el acta firmada ó para firmarse? *That is the question*, como dice Hamlet. En cuanto al marqués, nada pudo decir: porque aunque no murió hasta tres días después del accidente, no recobró el conocimiento.

— Veamos Mr. Jackal, dijo Salvador, francamente, cara á cara, y frente á frente, ¿cuál es vuestra opinión?

— Mi opinión es, respondió Mr. Jackal, que la familia fué tal vez un poco dura para con el pobre Conrado.

— ¿Un poco dura! Bueno, dijo Salvador. Desde el momento en que el acta no estaba firmada ó el notario lo afirmaba al menos, ¿qué respetos se debían á un bastardo?

— Era público y notorio que ese bastardo era hijo del marqués Manuel, aventuró Mr. Jackal.

— Si; sólo que si se reconocía eso, era preciso darle al menos el quinto de los bienes, á que tenía derecho, si había sido reconocido; y el quinto importaba unos dos millones. Mejor era negarlo todo; heredar el asiento en la Cámara de los Pares; heredar el título; heredar la fortuna, y arrojar al bastardo. ¿No es eso lo que se ha hecho, querido Mr. Jackal, no se ha arrojado al bastardo?

— El cual, por otra parte, salió muy dignamente, dejando, á lo que parece, sus caballos en las caballerizas, sus billetes de banco en el bufete, y no llevando (sus mismos enemigos le hicieron esta justicia) más que dos mil francos, que creyó suyos, porque los había ganado la vispera al ecarté.

— ¿Diablo! dijo Salvador, un joven acostumbrado á

gastar como Conrado no va muy lejos con dos mil francos.

— Pues bien, os equivocáis, caballero, repuso el de policía; nosotros tenemos los ojos fijos sobre esos hijos de familia arruinados; nosotros, protectores de la sociedad. Con dos mil francos vivió cerca de quince meses, ensayando todos los medios honrados de ganar la vida como maestro de música, de dibujo, de inglés y de alemán; porque era muy instruido el pobre joven. Pero nada le salió bien; en ninguna parte encontró empleo; así que un día, llegado á fe mía al último extremo, á lo que parece, viendo que no tenía ya medio de vivir sin hacerse un hombre perdido, rufián ó estafador, tomó sencillamente la resolución de concluir con la existencia; compró una pistola en casa de Lepage; la pistola ha sido reconocida por el que la había vendido: fué á dar la última vuelta por las Tullerías, los Campos Elíseos, y por el bosque, para despedirse de sus antiguos camaradas y sus antiguas queridas; volvió por la calle de San Honorato, entró en la iglesia de San Roque, hizo allí su oración, en seguida, desde allí volvió á la calle de Buffón, donde tenía una modesta habitacioncita.

— Y una vez en esa modesta habitacioncita, ¿ qué hizo? preguntó Salvador.

— Hizo á fe mía lo que acaban de hacer Colombán y Carmelita; escribió una larga carta, no á sus amigos, porque no los tenía, ó al menos no los tenía desde el día en que había sido arrojado por su tío y sus primos de la casa de la calle del Bac, sino al comisario de policía de su barrio. Allí refería todo lo que había sufrido de quince meses á la fecha; la lucha que había sostenido; la imposibilidad en que estaba de continuarla por más tiempo, y la necesi-

dad á que se hallaba reducido de levantarse la tapa de los sesos para quedar como hombre honrado.

Después de hecho esto, se acostó, encendió su bujía, leyó algunas páginas de *La nueva Eloisa* sobre el suicidio, y se barrenó las sienes.

— En verdad, mi querido Mr. Jackal, dijo Salvador, que sois un verdadero diario.

— ¡ Ah! por vida mía, dijo el de policía, que no hay gran mérito en mí en daros estos detalles; los suicidios entran en mi especialidad, y yo fui quien hizo el proceso verbal del suicidio de Mr. Conrado.

— ¡ De veras!

— ¡ Oh! si, Dios mío.

— Entonces, á vos, querido Mr. Jackal, debe el pobre joven los últimos cuidados que se le han dispensado y la comprobación de su muerte.

— La comprobación no fué difícil; la pistola había sido descargada á boca de jarro; la mitad del rostro había desaparecido, y la mitad que quedara estaba quemado; la comprobación se hizo más bien por la carta que por el reconocimiento de una identidad que se había hecho imposible, á causa de la mutilación del cuerpo.

— ¿ Presumo que se dió cuenta á los Valgeneuse de la catástrofe?

— Yo mismo les llevé la noticia, con una copia del proceso verbal.

— Cuya noticia y cuyo proceso verbal debieron hacer en ellos una impresión profunda.

— Si, mi querido caballero, una impresión profunda, profundamente agradable.

— Comprendo; la existencia de ese joven les inquietaba.

— Así que, me rogaron que cuidase hasta el fin de los últimos detalles, entregándome una suma de quinientos francos para que las cosas se hiciesen de una manera conveniente.

— ¡ Oh ! ¡ nobles parientes ! dijo Salvador.

— Recomendándome además, que les llevase el proceso verbal de inhumación, como les había llevado la copia del proceso verbal del suicidio.

— ¿ Lo que espero que hariais, Mr. Jackal ?

— En conciencia puedo decirlo. Conduje el carruaje al cementerio del Padre Lachaise, hice que delante de mí bajasen la caja en un terreno comprado para siempre ; di orden de que se pusiese sobre la tumba una piedra con este sencillo nombre : CONRADO, y fui á decir al señor marqués de Valgeneuse, que podía estar tranquilo hasta el día de la resurrección eterna, y que probablemente no volvería á ver á su sobrino hasta el valle de Josafat.

— Así que, ¿ en esa creencia, dijo Salvador, toda la familia duerme descuidada ?

— ¿ Qué queréis que teman ?

— ¡ Eh ! ¡ eh ! se han visto cosas tan extraordinarias...

— ¿ Qué puede suceder ?

— Querido Mr. Jackal, estamos en Bas-Meudón ; ¿ tendríais la bondad de hacer que paren ?

Mr. Jackal tiró del cordón que daba al cochero la señal de hacer alto.

El cochero detuvo sus caballos.

Abrió Salvador la portezuela y bajó.

— Perdonad, dijo Mr. Jackal, no me habéis respondido.

— ¿ Á qué ? preguntó Salvador.

— Á esta pregunta : ¿ qué puede suceder ?

— ¿ Respecto de Conrado ?

— Sí.

— Pues bien, querido Mr. Jackal, puede suceder que Conrado no esté muerto, que no espere, por consiguiente, para reaparecer, el día de la resurrección eterna, y que el marqués de Valgeneuse lo encuentre en otra parte que en el valle de Josafat.

— Adiós, querido Mr. Jackal.

Y Salvador, volviendo á cerrar la portezuela, dejó al de policía tan aturrido, que se vió él en la necesidad de decir al cochero :

— Calle de Jerusalén.

CAPÍTULO VI.

LOS COFRADES ENEMIGOS

Mientras que Mr. Jackal, llenando su nariz de tabaco para tratar de aclarar sus ideas, y comprender algo del enigma que le había lanzado Salvador al alejarse, regresaba al trote largo de sus caballos hacia París, Salvador iba á encontrar á Juan Robert en la casa mortuoria.

Era justamente el momento en que Carmelita comenzaba á recobrar su razón, y sus tres amigas, que no la habían abandonado un instante, iban á acometer la dolorosa empresa de anunciarle la fatal noticia.

Domingo había marchado hacía ya un cuarto de hora para Penhoel, llevando consigo el cuerpo de Colombán.

Ludovico, después de haber dejado una ordenanza rigo-

rosa, y prometido volver al día siguiente, partía para la calle de Nuestra Señora de los Campos, donde vivía.

Por último, Juan Robert aguardaba á Salvador para volver con él á París.

Sigamos á aquel de nuestros personajes que va por el momento á excitar mayor interés, es decir, á Ludovico; volveremos á los otros más tarde.

Ludovico, con la cabeza un poco atolondrada por el día y la noche que acababa de pasar, había decidido volver á pie á París.

El tránsito desde Bas-Meudón á la calle de Nuestra Señora de los Campos, pasando por Vanves, no es más que un paseo.

Volvia pues Ludovico paseándose, cuando al atravesar la aldea de Vanves vió delante de una casa, adonde acabamos de conducir á uno de nuestros héroes, unas cincuenta personas arrodilladas, hombres, mujeres y niños, todos orando con las lágrimas en los ojos, para que un milagro devolviese la vida al bueno, al honrado, al benéfico Mr. Gerard, al que el cura de Bas-Meudón traía el viático de regreso de su excursión á Bellevue.

Ante aquel espectáculo, que era bastante raro, detúvose Ludovico y se acercó al grupo que le parecía más lloroso.

— ¿Por quién lloráis, amigos míos? les preguntó.

— ¡Ay! respondió uno de ellos, lloramos al padre del país.

Recordó Ludovico que en efecto habían ido á buscar á fray Domingo, para oír la confesión de un moribundo.

— ¡Ah! sí, dijo, lloráis á Mr. Gerard.

— El amigo de los desgraciados, el bienhechor de los pobres.

— ¿Ha muerto? preguntó Ludovico.

— No; pero á consecuencia de una conferencia que ese digno hombre ha tenido con un monje, se ha sentido tan débil, que se ha enviado á buscar el viático, y en este momento le administra el señor cura de Meudón los últimos sacramentos.

— ¡Ay! dijeron en coro los paisanos redoblando los gemidos y los sollozos.

Ludovico, bajo su máscara de escéptico, estaba dotado de una sensibilidad de mujer; las lágrimas francas le iban rectamente al corazón, y sin falta atraían las suyas.

— ¿Qué edad tiene el enfermo? preguntó.

— Aun no llega á cincuenta años, caballero.

— ¡Ah! dijo otro, verdaderamente que Dios no se muestra misericordioso llevándonoslo, mientras deja en el mundo tantos malvados como en él hay.

— En efecto, dijo Ludovico, esa aun no es edad para morir, sobre todo, cuando el que muere ha de ser tan sentido como parece serlo Mr. Gerard.

En seguida, después de haber vacilado un instante, preguntó:

— ¿Se puede ver al enfermo?

— ¿Seréis médico por casualidad? dijeron á una voz todos los asistentes.

— Sí, respondió Ludovico.

— ¿Médico de París?

Sonrióse Ludovico, y dijo:

— Médico de París.

— ¡Oh! entrad, entrad pronto, mi querido caballero, dijo un anciano.

— El cielo os envía, dijo una mujer.

Y al mismo tiempo todos los paisanos le rodearon, los unos suplicándole, los otros empujándole, de suerte, que

se encontró casi llevado en andas y volandas á la casa.

Además de las personas arrodilladas en la calle, había las en el vestibulo, en la escalera, en la antecámara, y hasta en la alcoba del moribundo.

Pero á estas palabras « ¡ es un médico de París ! » todo el mundo se alineaba para dejar paso á Ludovico, que se encontró, por decirlo así, empujado hasta la habitación.

Acababa de comulgar el moribundo, y sonaba la campanilla para anunciar que estaba cumplida la obra santa.

Inclinóse Ludovico, como los demás, por poco creyente que fuese, cuando pasó el sacerdote precedido del sacristán, y seguido de personas extrañas, que con piadosa intención habían venido á mezclar sus plegarias con las de la Iglesia.

En seguida, cuando levantó la cabeza, se encontró el tercero en la alcoba del moribundo.

Las otras dos personas eran : Mr. Gerard, que completamente anonadado, parecía agonizar sobre su lecho, y un hombre de unos cincuenta años, de bigote gris, que llevaba en el ojal la cruz de la Legión de honor, y que apoyado en la cabecera, parecía seguir con un interés real lo progresos casi visibles de la muerte sobre la fisonomía del moribundo.

Los dos hombres, al encontrarse uno enfrente del otro, comenzaron por mirarse, para saber probablemente á qué atenerse ; después, como este examen nada absolutamente les había enseñado, Ludovico, que era el más joven, avanzó el primero, y con la cortesía propia de un joven frente á un hombre que le dobla la edad, dijo :

— ¿ Sois hermano del enfermo, caballero ?

El hombre del bigote gris miró un instante á Ludovico, para tratar de saber á quién hablaba ; pero como sin duda esta inspección á nada le condujo, contestó :

— No, caballero, soy un médico.

— Yo, caballero, dijo Ludovico inclinándose, tengo el honor de ser vuestro cofrade.

Frunció ligeramente las cejas el hombre de los mostachos grises.

— Tanto, dijo, como puede serlo un hombre de veinticinco años, de un hombre que ha pasado diez de su vida en los campos de batalla, y quince á la cabecera de los enfermos.

— Perdonad, caballero, dijo Ludovico ; pero veo que tengo el honor de hablar á Mr. Pilloy.

Levantóse el médico.

— ¿ Quién os ha dicho mi nombre, caballero ? preguntó.

— Lo he sabido de una manera muy sencilla, y acompañada de los mayores elogios, caballero, dijo Ludovico ; la casualidad me ha conducido al lecho de dos pobres jóvenes que acaban de asfixiarse en Bas-Meudón. He pedido al instante un médico que pudiera ayudarme ; se ha pronunciado vuestro nombre, y he enviado á vuestra casa ; en vuestra casa han respondido que estabais al lado de Mr. Gerard.

— ¿ Y vuestros asfixiados ? preguntó el cirujano militar un tanto dulcificado por la cortesania del joven.

— No he podido salvar más que uno, caballero, respondió Ludovico ; si hubiéseis estado allí, quizás hubiéramos salvado los dos.

— Y entonces, dijo Mr. Pilloy, encontrándoos aquí, y sabiendo que había un enfermo en esta casa, habéis entrado.

— No me hubiera permitido semejante inconveniencia, sabiendo que vos estabais cerca de Mr. Gerard, dijo Ludovico, si esas buenas gentes que lloran á la puerta no me

hubieran en cierto modo violentado. El dolor extremo es crédulo, vos lo sabéis, caballero, perdonadles; y cuando les hayáis perdonado, perdonadme á mi vez.

— Nada tengo que perdonar ni á ellos ni á vos, caballero; bien venido seáis, y como deciais hace poco, dos consejos valen más que uno; pero desgraciadamente aquí, añadió bajando la voz, creo que todos los consejos del mundo no harían nada.

Después, más bajo, añadió el cirujano militar:

— ¡Es hombre perdido!

Por bajo que hablase, el enfermo oyó lo que decía el bueno de Mr. Pilloy, y lanzó un gemido.

— ¡Silencio! dijo Ludovico.

— ¿Por qué silencio? preguntó el cirujano.

— Porque es el último sentido que sobrevive en nosotros, y el enfermo os ha oído.

Mr. Pilloy meneó la cabeza como hombre que duda.

— ¿Entonces, preguntó Ludovico, tan bajo que apenas le oyó Mr. Pilloy; entonces ya no hay esperanza?

— Es decir, respondió el cirujano, que dentro de dos horas habrá muerto.

Ludovico puso la mano sobre el brazo de Mr. Pilloy, mostrándole el enfermo, que se agitaba en su lecho.

Mr. Pilloy hizo un movimiento con la cabeza que significaba:

— ¡Oh! él cree bueno menearse, preciso es que se salga con ello

Después, traduciendo la pantomima por la palabra, continuó:

— Esta mañana tenía aún la esperanza de conservarle cuarenta y ocho horas; pero no sé quién ha sido el imbecil que le ha metido en la cabeza el que se confesase, lo

que era muy inútil, atendido á que le conozco desde que habita en Vanves, y es un hombre de una virtud irreprochable. Ha permanecido tres horas encerrado con no sé qué monje, y mirad, hé ahí el estado en que el santo hombre me lo ha devuelto. ¡Ah! los sacerdotes, los monjes, los clerizotes y los jesuitas... murmuró el viejo soldado: ¡y cuando se piensa que el emperador, que tan buenas cosas ha hecho, es quien nos ha devuelto todo eso!

— ¿Y qué enfermedad padece? preguntó Ludovico.

— ¡Bah! la enfermedad habitual, pardiez, respondió Mr. Pilloy encogiéndose de hombros, como si no existiese en el mundo más que una especie de enfermedad.

Á estas palabras *la enfermedad habitual* sonrió Ludovico; acababa de reconocer un discípulo de Broussais aplicando sin inteligencia las lecciones del gran maestro.

En seguida, pensando, que la existencia de un hombre (á quien Dios se la da por tan poco tiempo, y la vuelve á tomar por toda una eternidad) cae á veces en manos de un ignorante, ó lo que es peor, de un fanático, se borró su sonrisa, encogió invisiblemente los hombros, y miró al viejo cirujano con el aire de un hombre que se pone en guardia.

— ¿Por enfermedad habitual entendéis sin duda una gastritis? preguntó.

— Naturalmente, respondió el cirujano; no hay, pardiez, lugar á equivocarse, y si no vedlo vos mismo.

Autorizado por su cofrade, aproximóse Ludovico al lecho.

El enfermo yacía en un estado de postración completa, como había dicho Mr. Pilloy; su respiración era ardiente, difícil, oprimida; cuando respiraba, su pecho se levantaba enteramente como en el estertor ó al roncar.

Estudió el semblante, pasando del todo á la parte, del conjunto á los detalles.

La faz estaba pálida, con un colorido amarillento en todo el rostro, que se tornaba en rojizo en los juanetes; las extremidades estaban muertas y frías, un sudor viscoso se había esparcido por todo el semblante, brotando sobre todo por la raíz de los cabellos.

Por aquellos síntomas exteriores juzgó Ludovico que la enfermedad era grave en efecto; pero con todo, no vió al enfermo en el caso absolutamente desesperado que lo veía su compañero.

— ¿Sufrió mucho, caballero? preguntó.

Al oír aquella pregunta hecha por una voz nueva y que parecía devolver á Mr. Gerard una esperanza perdida, abrió éste los ojos y volvió la cabeza hacia el que le hablaba.

Asombrado quedó Ludovico de la vitalidad que aun reinaba en la mirada del moribundo, vitalidad que no estaba en relación con la aparente degradación de sus fuerzas; el blanco del ojo estaba amarillo, las facciones descompuestas, parecía muerto.

Pero el ojo, ó más bien el corazón del ojo no estaba tan descompuesto como el rostro.

Había aun fuerza y vida en aquel ojo.

— ¿Queréis enseñarme la lengua? le dijo.

Mr. Gerard enseñó la lengua.

La lengua tenía un color blanco amarillento que tiraba algo á verdoso, estaba cargada, y espesa en toda su extensión; pero no tenía esa punta afilada como la de la serpiente; además, no estaba ni casi sangrienta á su extremidad ni roja por las orillas, como lo está en las gastritis.

Hasta allí había estado Ludovico en duda; desde este momento entró en la certeza.

Así que, por un movimiento involuntario casi maquinal, se volvió su mirada del enfermo al cirujano, y esto con una expresión en la que no había lugar á equivocarse.

Esta expresión quería decir claramente:

— ¡Estáis viendo que no es una gastritis!

El viejo cirujano, en su confianza en sí mismo, no pareció adivinar, ni el movimiento, ni la mirada de Ludovico.

Ni siquiera pestañeó.

Aquella sangre fría de un colega que debía tener al menos sobre él la experiencia de la edad y de la práctica, hizo que el joven dudase algo en su convicción.

Quedábale por hacer el último experimento.

Levantó la sábana del enfermo, descubrió su descarnado pecho, puso en él la mano, y la apoyó dulce, lentamente, pero cada vez más, hasta que la presión, sin embargo, se hizo bastante fuerte.

Viendo entonces que Mr. Gerard no descubría dolor por ningún signo:

— ¿Sufrió? le preguntó.

— No, respondió Mr. Gerard con voz débil.

— ¿Cómo? insistió Ludovico, ¿no sufrís cuando apoyo así?

— Respiro con más dificultad, pero no siento ningún dolor.

Volvióse de nuevo Ludovico hacia su cofrade, diciéndole por segunda vez con los ojos:

— ¿Veis claramente que no es una gastritis?

El viejo cirujano no pareció comprender la pantomima de Ludovico más la segunda vez que la primera.

Ludovico se sonrió.

Estaba bien convencido de que se había tratado á M. Gerard como si tuviese una enfermedad que en realidad no tenia.

— Ahora, ¿qué enfermedad padecía?

Ludovico cruzó los brazos, miró fijamente al enfermo, en seguida, bajando la cabeza como para reflexionar más profundamente, vió bajo el almohadón del enfermo, no sólo el pañuelo con que se limpiaba el sudor, sino también el en que escupía.

Hubiérase dicho que aquel pañuelo estaba manchado de orin; lo que producía aquellas manchas era una especie de moco manchado de sangre.

Ludovico estaba sobre la pista de la enfermedad.

Entonces levantó por segunda vez la sábana de Mr. Gerard; pero esta vez, en lugar de apoyar su mano sobre el estómago, aplicó el oído al pecho, y esto con grande asombro del viejo cirujano, que aun no conocía ese nuevo método de auscultación, y cuya fisonomía al verlo expresó una impresión de asombro y curiosidad que podía equivaler á esta pregunta:

— ¿Qué diablos hacéis ahí, mi querido colega?

Entonces fué Ludovico quien á su vez no fijó la atención en la pantomima del viejo cirujano.

Pareció satisfecho del ruido que acababa de oír en el pecho del enfermo, porque levantó la cabeza con aire triunfante.

Sabia de fijo á qué atenerse respecto al estado del enfermo, y conocía la enfermedad que había que combatir.

Sólo le faltaba examinar el pulso; pidió pues á Mr. Gerard que le diese la mano, y el enfermo obedeció maquinalmente.

El pulso no había perdido toda su fuerza; resistía bajo

el dedo, y estaba muy frecuente; es decir, que pasaba de cien pulsaciones.

Estaba irregular, es verdad, pero muy ligeramente.

Sobre poco más ó menos, así era como contaba, ó mejor dicho, como esperaba encontrarlo Ludovico.

Terminado el examen, concluyó Ludovico por donde hubiera debido comenzar; pero como un hombre que llega á la orilla de un río, del que se le pide socorro, se había sumergido al instante.

Volvióse hacia Mr. Pilloy y le preguntó cuánto tiempo contaba la enfermedad, cuáles habían sido sus diversas fases, y las causas á que se atribuía.

El médico refirió entonces la inmersión de Mr. Gerard en el estanque del castillo, y las funestas consecuencias que aquel sumergimiento, destinado á salvar la vida de un niño, había tenido para su salvador.

Respondió Mr. Pilloy á todas las preguntas, y después de concluidas:

— ¿Qué hay? preguntó con tono burlón.

— Hay, contestó Ludovico, que tengo el honor de daros gracias por vuestra complacencia, caballero, sé lo que quería saber.

— ¿Y qué sabéis?

— Sé que enfermedad padece el enfermo, dijo Ludovico.

— ¿Bueno! eso no era difícil de saber, puesto que he comenzado por deciros que era una gastritis.

— Sí, pero hé ahí justamente en lo que difieren nuestras opiniones.

— ¿Qué queréis decir?

— ¿Os agradaría que pasamos á la habitación contigua, mi querido cofrade? creo que molestamos al enfermo.

— ¡ Eh ! no os marchéis, caballero, en nombre del cielo, dijo Mr. Gerard reuniendo todas sus fuerzas para expresar este deseo.

— Estad tranquilo, amigo mío, dijo el anciano médico, que creyó que la súplica se dirigía á él ; os he prometido no abandonaros, y os cumpliré la palabra.

Y los dos se dispusieron á salir de la habitación.

En el umbral de la puerta encontraron á la enfermera.

— Mi buena señora, dijo Ludovico, vamos á volver á entrar dentro de cinco minutos ; durante nuestra ausencia, pida lo que pida el enfermo, no le deis absolutamente nada.

Volvióse la enfermera hacia Mr. Pilloy, como para preguntar si debía obedecer aquella prescripción.

— ¡ Diablo ! respondió éste, pues si este caballero pretende que va á curar el enfermo.

Aguardaba Mr. Pilloy que Ludovico replicase ; pero con gran asombro suyo nada respondió Ludovico.

Contentóse con separarse, para dejarle pasar, con la deferencia que el más joven debe al más viejo.

CAPÍTULO VII.

DONDE LUDOVICO TOMA SOBRE SÍ LA RESPONSABILIDAD.

Detuviéronse los dos médicos en la antecámara.

Era imposible ver imágenes más vivas de la rutina y de la ciencia.

— ¿ Queréis hacerme el favor, mi joven amigo, de decir-

me por qué me habéis traído aquí ? preguntó Mr. Pilloy.

— En primer lugar, respondió Ludovico, por no fatigar al enfermo con una discusión.

— ¡ Bueno ! pues si es un hombre muerto.

— Razón de más, si tal es vuestra opinión, para no expresarla delante de él.

— ¡ Ah ! ¿ creéis pues que los hombres de nuestra generación son mujercillas como los de la vuestra ? dijo el antiguo cirujano mayor. Allí estaba yo, caballero, y servía de ayudante á Larrey, cuando cortó las dos piernas al bravo Montebello. Hubo una discusión de cinco minutos para saber si se le haría la operación ó se le dejaría morir sin atormentarle más. ¿ Creéis que se habían ocultado de él ? No, caballero, tomó parte en la discusión como si se tratase de otro que de él ; y aun le oí decir con voz tan firme como si hubiera gritado : « ¡ Adelante ; cortad, pardiez, cortad ! »

— Es posible, caballero, dijo Ludovico, que cuando se opera sobre un campo de batalla en medio de quince ó veinte mil heridos, no haya tiempo para plegarse á todas esas delicadezas, que según vos, merecen á nuestra generación el título de generación de mujercillas ; pero aquí no estamos sobre un campo de batalla ; Mr. Gerard no es un mariscal de Francia, como el bravo Montebello. Es un hombre muy abatido por su posición, que tiene, así al menos me ha parecido, mucho miedo á morir, y en quien la imaginación, herida tal vez, me parece obrar más fatalmente aún que la enfermedad.

— Á propósito de enfermedad, decíais, caballero, que no erais de la misma opinión que yo.

— Respecto de la enfermedad, es verdad.

— ¿ Y cuál es vuestra opinión ?